



Garzón, Marta del Castillo y el amigo Talión

Es muy difícil no sentir un ápice de bochorno al ver a un juez imputado por tratar de evitar que los responsables de la Gürtel puedan seguir con sus andanzas desde la cárcel. O por indagar en las responsabilidades pendientes en aquella formidable barbaridad que supuso el franquismo, saldada con el dictador muerto en su trono y una ley de amnistía y una cierta desmemoria indispensables, al parecer, para enterrar al régimen a la vez que a su inductor.

Desde una simple lectura ética o política, ajena a las leyes y las precisiones jurídicas que protegen la democracia, el enjuiciamiento a Baltasar Garzón podría equivaler a la detención de Elliot Ness por enfrentarse a Al Capone o a la de Simon Wiesenthal por perseguir a los criminales nazis diseminados por el mundo tras el hundimiento del Tercer Reich.

Ocurre, sin embargo, que en las garantías de la justicia, en sus aparentes imperfecciones, tal vez recaiga la solidez de la democracia: no encarcelar sin pruebas fehacientes a tres de los cuatro detenidos tras el brutal asesinato de Marta del Castillo conmociona a la opinión pública y estimula al amigo Talión como pocas otras cosas, pero también impide que la ar-

bitrariedad, el capricho, el carácter, el contexto y la opinión pública o publicada reduzcan las garantías procesales y transformen las leyes en una



especie de concurso interactivo donde el espectador decide el destino del concursante apretando un botoncito o enviando un sms.

No hace falta, en fin, pertenecer a la pequeña pero ruidosa jauría que persigue a Garzón ni formar parte de las exiguas pero incansables filas que

confunden la amnistía franquista con la exculpación y transforman ésta, de paso, en una victoria postrera; para lamentar con idéntica fruición la campaña de transformación de un juez impreciso en un linchamiento político y convertir su proceso en un estertor de Franco impulsado por un tribunal represor.

La tentación de montar un circo en torno al franquismo es tan alta como frecuente en una parte de la política y la prensa española que, quizá, no pudo, supo o quiso hacer ese papel cuando tenía algún sentido y ahora, con inefable resistencia al paso del tiempo y a la biografía propia, hace lo imposible por labrarse un currículo marcado por un inexistente heroísmo que ensalza hazañas apócrifas sobre la resistencia y la clandestinidad que nunca conocieron.

Ponerse estupendo por un juez que tal vez no cumple las leyes equivale a avalar la vieja Ley Corcuera al peligroso grito de que el fin justifica los medios y, en realidad, facilita los ata-

jos a sujetos tan indeseables como todos los mencionados en el sumario del Gürtel.

Y en lo relativo a la causa general contra el franquismo, la apreciación no mejora: nada más arrogante que sentirse la única esperanza para enmendar unilateralmente las decisiones legítimas adoptadas por los ciudadanos a través de sus representantes democráticos y su Constitución; y nada más peligroso que creerse con el derecho a hacer justicia al margen de la justicia.

Aunque los caminos y los fines sean antagónicos, el impulso de Garzón se asemeja bastante al de Franco: sólo los déspotas, los dictadores y los locos se sienten elegidos por algo o alguien para subsanar, en persona y en solitario, las debilidades del pueblo, las imperfecciones de la democracia y las lagunas de la ley.

Posdata. Huelga decir que este comentario no suscribe el afán revisionista ni la revancha personal que tanto neofranquista residual perpetra en nuestro tiempo. Me gustaría ver libre a Garzón, y con toga, en un tribunal. Porque tiene razón, pero eso no basta para imponerla: él mejor que nadie debiera saber la diferencia entre un juez y un justiciero.

Las Universidades se levantan hoy, con infinita rimbombancia, para defender la "autonomía universitaria", aunque esconden que ya la tienen y ocultan cómo la emplean. Salvo alguna gloriosa excepción, ninguna de ellas, en toda España, pinta algo en el panorama internacional.

La investigación es residual, irrelevante, costosa y a menudo una simple excusa para adjudicar recursos extra a los departamentos más leales electoralmente al rector de turno. Hay profesores de más y alumnos de menos en aulas vacías donde se imparten estudios que nadie demanda pero no se cambian para no perturbar al docente que no quiere o sabe reciclarse. Se contrata a discreción, haya o no crisis; se acumulan deudas ingentes y se utiliza esa autonomía para crear fundaciones, centros y organismos opacos que a menudo se comportan como la cueva de Alí Babá.

Y se gasta más del 50% del presupuesto en impulsar convenios colec-



tivos repletos de privilegios que convierten las obligaciones, por mínimas que sean, en mero papel mojado. 30 años de inversión millonaria sostenida sólo han servido para transfor-

mar a los rectores en unos caciques de pueblo que malversan ingente dinero en fabricar lavadoras averiadas que nadie quiere pero todos financiamos a precio de oro.

Ha llegado el momento de plantarse y de tratar a esas instituciones como lo que son: una especie de aeropuertos fantasma, como los de Castellón o Ciudad Real, conducidos por irresponsables como el capitán del Costa Concordia. Ahora salen a la calle para defender una autonomía vergonzosa, pues no se emplea en desarrollar un proyecto social e intelectual, sino en perpetuar la ineficacia millonaria.

Si de verdad creyeran y quisieran a la universidad, dirían lo que todo el mundo con honestidad y decoro político sabe: que hay que cerrar la mitad y reforzar el resto lo que haga falta, apoyando a los centros que lo merecen, apostando por los profesos-

res fantásticos que hay aunque no voten al candidato, acabando con estudios inanes adaptados a las prestaciones del docente en lugar de a las necesidades del alumno, mejorando la relación investigadora con las empresas, especializando estudios y, en definitiva, siendo de verdad el faro de conocimiento y reactivación social que hace demasiados años dejaron de ser para transformarse en una chapuza clientelar a la que sólo salva una combinación de liturgia histórica, complejo político y la fenomenal pero hipócrita retórica de personajes tan nefastos como Peces Barba, Virgilio Zapatero y otros de su especie.

Mientras, no lo duden, los rectores sólo saben ponerse en pie de jeta.